

## LA FILOSOFÍA DEL ROMANTICISMO

POR

NARCISO JUÁÑOLA SOLER

### Introducción.

Novalis, en su obra *Heinrich von Ofterdingen*, nos expone su afán de poder ver «la flor azul», una flor alta, de un azul luminoso, que estaba junto a la fuente, y sus hojas anchas y brillantes tocaban el agua. El protagonista de esta narración romántica no veía otra cosa que «la flor azul». Quiso acercarse a ella, cuando de pronto empezó a moverse y a transformarse: sus hojas se volvían más brillantes y se doblaban sobre el tallo que iba creciendo, y la flor se ladeaba hacia él, y en un gran sesgo de la corola azul nadaba una cara preciosa.

¿Un sueño? ¿Imaginación fantástica?... A mí, dice Novalis en la obra que comentamos, el «sueño» me parece una defensa contra la vida «usual» y «ordinaria», una «libre expansión» de la «maniatada» fantasía, que aboca, mezcladas, todas las imágenes de la vida, «rompiendo la serenidad» del hombre hecho con un alegre juego infantil.

Hay que fijarse bien en esta «floreilla azul», arrancarla y «abandonarse» confiado hacia donde el cielo nos guíe. En una «flor azul» se encuentra todo el mensaje romántico.

### “Romanticismo”.

En el año 1781 Rousseau ya utiliza la palabra «romántico» en un sentido literario y filosófico. En el quinto sueño de su obra *Las meditaciones del paseante solitario*, al hablar de las ori-

llas del lago de Biene, explica que las encuentra muy románticas.

También la religión puede ser interpretada en un sentido romántico. Recordemos ahora la identificación que lleva a cabo Schleiermacher de la religión con la religiosidad y de ésta con un «sentimiento de dependencia» respecto del infinito.

El mundo griego se encuentra presente en los románticos. Así el tema platónico del «alma del mundo», que veremos en Schelling; la concepción de la dialéctica en la filosofía del devenir de Heráclito, que encontraremos en Hegel, etc.

Todo el espíritu romántico se precipitó en el movimiento «Tempestad e ímpetu» (Impetu tempestuoso, o bien, Tempestad de sentimientos), movimiento que tuvo como características principales:

La consideración de la Naturaleza como una fuerza omnipotente y originaria, creadora de vida.

Una manera de entender al hombre genial como una fuerza ligada a esa Naturaleza.

Una filosofía de base panteísta, o bien una especie de naturalismo místico.

El Romanticismo potenció la impresionabilidad, la irresolución, la inquietud, el desasosiego. Si por un lado el hombre siempre aspiraba a más, por otro lado se le escapaba lo que tanto anhelaba. De ahí la aflicción y la insatisfacción típicas del Romanticismo, que viene a ser un «hecho de sensibilidad».

Los románticos estimaron la Revolución Francesa. Los mismos hermanos Schlegel pueden ser considerados como los jacobinos de la filosofía.

La obra de Goethe también manifiesta la sed de infinitud, el deseo irrealizable, indefinible e inextinguible, un tender sin pausa del hombre que busca una educación armoniosa y plena, tal como puede verse en la obra *Wilhelm Meister*. En Goethe se transparentan las influencias de Spinoza (ideas naturalistas y panteístas).

El ideal del «alma bella» de Schiller, un ideal de libertad y de justicia, basado en la educación estética del ser humano. El «himno a la alegría» de Beethoven.

El héroe romántico, el genio romántico viene a ser un pequeño dios. El hombre romántico crea, extrae la ley de sí mismo, pasa, como decía el filósofo Sciacca, «de una razón omnipotente al sueño de una personalidad excepcional». El hombre romántico comporta un modo de ser-sentir-pensar en el infinito y por ello se sitúa fuera del mundo facticio, liberando las potencias del alma al ponerse en contacto con la naturaleza. El hombre romántico efectúa una alianza singular entre lo sensual y lo intelectual en una explosión de sensibilidad. En palabras de Sciacca, una especie de «sentimanía» que junta «una sensualidad refinada y una mente desecada».

En el hombre romántico vive el criticismo kantiano y el panteísmo spinozista. De ahí que su filosofía intente captar un nexo entre el infinito y lo finito. Ahora bien, hay una gran diferencia entre el auténtico infinito y el infinito romántico: éste es un infinito cuantitativo, que se identifica con el proceso infinito de la Historia o de la Naturaleza y siempre aumenta; aquél no aumenta, sino que «es».

¿Cuál es el gozne que lleva a cabo el nexo entre infinito y finito? Según el romanticismo, el arte lo lleva a feliz término. Así el «poeta» es más que el «científico» y la «naturaleza» se libra del «mecanismo ilustrado», ya que no es más que «vida», una «vida» que crea eternamente, que duerme, una inteligencia petrificada (Schelling), una naturaleza sagrada (Holderlin). La naturaleza entendida como «physis» o entendida a la manera renacentista vuelve a la palestra.

El Romanticismo revaloriza la religión, pero lo hace en clave místico-teosófica. Muchas veces entiende por religión el desarrollo histórico de la humanidad, con el que identifica a Dios (una religión del hombre). De ahí que el romanticismo potencie los sentimientos nacionales y la historia, que se interese más por una mirada poética que no por un ojo científico. De todo ello hace un «sentimiento». En este sentido puede considerarse a Nietzsche como un romántico posterior a la época romántica.

Pero el romanticismo, en el fondo, es sin esperanza. En efecto, su ironía sobre todo lo finito nace de la imposibilidad de

reducir el infinito a nuestra posesión. Es que lo infinito en forma de sentimiento viene a ser lo indefinido.

El sentimiento romántico hace que el ser humano no sepa quedarse en la medida de las cosas. Lo romántico es totalitario: acción temeraria, amor frenético, desprecio de lo común, exaltación de lo excepcional, entusiasmo por la naturaleza y sus fuerzas misteriosas, simbolismo, ironía, anhelo inextinguible de la vida, aspiración perenne, tensión dinámica..., etc.

Hoy día también encontramos esa oposición entre una filosofía de la vida y el iluminismo. La trascendentalidad kantiana y la racionalidad mecanicista, a la vez que ha dado lugar al nacimiento de una subjetividad potente, se le enfrenta proclamando la autonomía del hombre y de su voluntad, o bien el desarrollo de la humanidad (Historia) autosuficiente.

El Romanticismo es, a un tiempo, un intento de retornar al medioevo católico y al panteísmo aconfesional; contemplación eterna del ser y devenir perenne del espíritu; racionalidad superior y fantasía. Frente a una humanidad abstracta afirma el individuo; frente a las leyes naturales y la mecánica racionalista afirma la vida; frente a un cosmopolitismo nivelador afirma la vida del espíritu de cada pueblo. El Romanticismo potencia el sentimiento religioso de los valores, la historia, el pasado, pero los trata en la indefinición, de una manera indefinida, como en un sueño.

La sensibilidad romántica por la belleza, la tradición, el pasado, lo medieval, la poesía, la historia, lo irracional, lo inmediato, etc., supone una crítica al mecanicismo naturalista. El romántico ve la naturaleza como una vida inagotable, como una potencia creadora. Así, el romántico desprecia la vida vulgar y exalta lo excepcional, algo así como lo que ocurre hoy en día.

El hombre romántico absolutiza valores humanos, convirtiendo al hombre en un pequeño dios que construye lo real, lo crea y lo inventa. El arte no es sino el medio para ello: una expresión de lo divino-imanente. Ahora bien, el hombre romántico no atiende a la belleza de las cosas pequeñas, donde de verdad puede darse la esfera de la caridad-humildad heroicas.

El hombre romántico ejerce un culto panteístico de la natu-

raleza y exalta al hombre religioso (una religión sin dogmas), en una especie de misticismo mezclado con una fascinación estética. En definitiva, un cristianismo reducido a su valor artístico-histórico.

### Rousseau y el Romanticismo.

Goethe dejó dicho que con Voltaire terminaba un mundo y que con Rousseau empezaba otro. En el 5.º Sueño rousseauiano, en un clima de soledad, recogimiento y ensoñación, la simplicidad primitiva de la mano original de la naturaleza, la interiorización y el sentimiento de la existencia individual, incomunicable en impresiones, pasa a primer plano. El derecho del individuo a ser él y las obras en contra de los ilustrados (*Discurso sobre las artes y las ciencias*), así como *La Nueva Eloisa*, *El Emilio* y la *Profesión de fe del vicario saboyano*, marcan una nueva dirección a las ideas. Según Voltaire, un ir a cuatro patas.

Una fe en la naturaleza y en la intuición inmediata y el sentimiento, hacen que Schiller llame a Rousseau el poeta sentimental y el apóstol de la vida individual.

La única religión válida a partir de este momento será aquella que se funde en la naturaleza y en el testimonio de la propia conciencia. El mismo Rousseau sostiene que se «pervertirá menos siguiendo sus propias ilusiones que entregándose a las mentiras de los filósofos».

La «sinceridad del corazón» ocupa el lugar de las «reglas cartesianas». Hay que volver, por lo tanto, a los sentimientos inmediatos de la conciencia, que no se equivoca nunca: una especie de instinto divino que nos pone en contacto con el orden universal. Sólo la evidencia interior es válida y ésta no hace sino desconfiar del análisis puro.

### Kant y el Romanticismo.

Kant, el Robespierre de la filosofía, cambia el saber por la creencia, una especie de percepción de lo divino inaccesible al saber (Jacobi).

La Crítica de la Razón Práctica está lejos de la *Aufklärung*. La 3.<sup>a</sup> Antinomia que contraponen la causalidad de la naturaleza y la causalidad libre, así como la crítica del ser «en sí» (las cosas «en-sí»), son los ingredientes que señalan este cambio de rumbo: el conocer no puede alcanzar su objeto, sino gracias al sentimiento. En Moral lo mismo.

A partir de este momento será imposible una religión razonable y la fe cristiana será comprendida como un espiritualismo exarcebado y exaltado, una vez se hayan perdido unos dogmas inútiles.

La facultad del juicio quedará vinculada al sentimiento puro: los juicios determinantes se opondrán a los juicios llamados reflexivos y los objetos parecerán hechos a propósito para el sujeto.

La Idea de finalidad en la naturaleza será lanzada por el sujeto humano «como si en ella hubiera un intelecto divino». El juicio estético acerca de lo bello no será una consideración de la proporción en las cosas mismas, sino nuestros mismos sentimientos de placer que atribuimos a los objetos (juicio de gusto o inmediatez). Todo aparecerá como fruto de la armonía y del libre juego de nuestras propias facultades (finalidad para el sujeto). No se podrá dar ninguna razón de la impresión de orden-armonía.

Por su parte el juicio teleológico tomará en consideración lo sublime, que se halla en el hombre. Así la naturaleza será una obra de arte y éste será tendido como una creación espontánea de la misma naturaleza.

Ante lo «sublime» surge la representación de lo ilimitado: lo infinitamente grande (océanos, cielo) y lo infinitamente poderoso (terremoto, volcán, lo terrible), parecerán estar por encima del hombre y éste quedará estupefacto ante todo ello. La atracción y el rechazo responderán a esa conmoción del ánimo y a la vez que se generará la sorpresa, el hombre se sentirá de alguna manera superior a todo ello, ya que éste lleva en sí, en su interior, las Ideas de su razón (inobjetivables, no susceptibles de conocimiento), una Ideas que señalan lo verdaderamente «sublime». El agnosticismo teórico ha dado paso al fideísmo práctico, a una religiosidad subjetiva.

## Del "dualismo" cartesiano al Romanticismo.

El dualismo cartesiano entre las *res cogitans* y la *res extensa*, provocó la separación, acentuada a través del tiempo, entre lo pensante y lo extenso, la libertad y el mundo material, los valores y los hechos, el bien y la naturaleza física, la moralidad y las relaciones dominio del hombre moderno. El «mundo» cartesiano era mecánico, sin «telos» (las causalidades formal y final no tenían cabida en una consideración de las cosas «clara y distinta»). Este mundo «desencantado», ese estado mecánico dio paso a La Mettrie y a su obra *L'homme machine* (1747).

Esta consideración mecanicista de la causalidad empírica (el mundo como una gran máquina, al igual que el cuerpo humano y los animales), es lo que Holderlin llamaba el «universo carcelario», un universo donde tiene primacía la seguridad del saber y donde el hombre es como un enterrado vivo, un ser que vive en la pura exterioridad y la finitud de una cultura analítica, en el ámbito de la «necesidad» y la «legalidad» físico-matemática.

Kant, por medio de la *Crítica de la Razón Práctica* y la *Crítica del Juicio*, apeló al mundo de la autoconciencia espiritual, al mundo de la interioridad y la primacía de la acción. Es el camino que lleva más allá del mero conocer científico, el camino que inicia una nueva experiencia interior de la infinitud, el camino de la moralidad que rige por encima de la naturaleza. La educación estética (Schiller) pasa a primer plano.

En 1794, la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte marca el hito fundamental: el «yo» pone el «no-yo». Por influencia de la *Crítica de la Razón Práctica* de Kant, se da paso a la libertad absoluta del espíritu. Ahí se encuentra la dignidad del hombre, en el mundo inteligible, donde reina lo incondicional, la universalidad auténtica, la autonomía de una legalidad no empírica (mero saber científico), el ámbito de las leyes de la razón, el reino del hombre que va progresando en el bien.

La fe en una duración infinita es también fe en un Señor de la Naturaleza. El mundo del hombre, su mundo, es su historia,

su libertad, la expresión externa de la libertad del espíritu. Nos encontramos pues, no ante una razón cognoscente, sino ante una razón creadora.

El hombre se parece a Dios, la Naturaleza se parece a Dios, el hombre se parece a la Naturaleza.

La Naturaleza vuelve a ser fuente de intuición, un organismo vivo, armónico, bello: un conocer acerca de Dios mismo. Ahora bien, en estas consideraciones acerca de la realidad ya no vale la «analogía», sino que se da una equívoca unidad, que viene a ser una sustitución de tipo gnóstico, entre el mundo y Dios.

La moral racionalista ha dado pie a la rebelión de la sensibilidad, a la irracionalidad, a la atomización individualista, al predominio del sentimiento.

### De la Revolución Francesa al idealismo hegeliano.

La empresa consistía en la liberación del espíritu. El idealismo llevó a buen término el «espíritu de la revolución». La realización de una comunidad ética (Kant) dio paso a una escatología intrahistórica a cargo del hombre. Si desde 1793 la religión se encontraba «dentro de los límites de la simple razón», ahora entra en auge la idea de «humanidad».

La «revolución» supuso el tránsito de la naturaleza a la libertad, el horror hacia el mundo objetivo, una moral de huida del ciclo de la historia natural y de la mecanización de la naturaleza. Por otra parte, supuso el no sujetarse ya a las personas y, así, dar forma a la libertad, si bien ésta no se buscaba al «margen del todo», sino en el marco institucional que asegurara las conquistas de la revolución.

Ya no se quiere una racionalidad abstracta, ni un cosmopolitismo abstracto: la revolución del sentimiento se destaca frente a la razón uniformadora.

El Reino de Dios hay que buscarlo en la armonía de las facultades humanas y en una comunidad libre: una nueva religión de la humanidad, con una iglesia invisible que reconcilie el uno con el todo, a Dios con el Mundo.



El idealismo ponía como meta el alcanzar una unidad sin subordinación. Por ello Hegel consideraba que la revolución de la individualidad era todavía una revolución incompleta. En Hegel nos encontramos con una tesis política gnóstica, ya que su ideal se centra en la búsqueda del cumplimiento intramundano de todas las expectativas escatológicas por medio de la política.

Hegel rechaza la libertad abstracta, la mera furia del desaparecer y de la destrucción, el terror que cancela toda diferencia, el obrar negativo que se vuelve incapaz de superar la negatividad. Hegel busca la totalidad ética del pueblo y la plena realización de la libertad en el Estado. Sólo éste da forma a la libertad.

Hegel critica el inmediatismo de la libertad (la ausencia de instituciones universales). Esa libertad «abstracta» carece, según él, de realidad. Por ello Hegel rechaza la mera exaltación de la libertad subjetiva, así como la escisión entre la libertad privada y la libertad pública. Si bien la revolución ha convertido al hombre en sujeto, ello no comporta toda vía la plenitud de la subjetividad.

### Entre el absoluto y la finitud.

La ironía auténtica, que no hace más que «reducir las cosas a su tamaño real», es decir, tratar a cada cosa por lo que es, en su justa medida, no es igual a la «ironía romántica». En efecto, ésta no es sino una mera nostalgia ontológica en la dirección del absoluto.

Ya la idea pre-romántica es que lo absoluto no puede ser derivado de las relaciones que establece la reflexión.

Ahora bien, la ironía romántica no puede identificarse con una actitud cínica. El cinismo es la afirmación del yo ante una realidad sin sentido, en cambio el romanticismo es una filosofía de la relatividad respecto de un absoluto trascendente al yo, lo cual conlleva un cierto desprecio, pero no en la línea cínica.

Para los románticos, ante la imposibilidad de un acceso directo a lo absoluto, hay que distanciarse del hegelianismo, así como

concebir de una manera finita a todas las formas históricas. Por ello los románticos se niegan a ver en la realidad moderna la acabada y perfecta realización del espíritu, como si de un mundo acabado y agotado en sí mismo se tratara. De ahí que los románticos quieran abrirse a un modo vivido como incompleto y abierto a otras cosas.

### Los románticos.

Los románticos entendían entre otras cosas:

- La vida como «tempestad e ímpetu» (F. M. KLINGER).
- Pensarse como ser finito criado para lo infinito para pensarse como hombre.
  - Considerar a la filosofía como el nexo entre lo finito y lo infinito y llevarlo a cabo mediante el arte.
  - Considerar a la Naturaleza como una vida que crea y luchar contra el mecanicismo.
  - Tener una sed de infinito y de pertenecer al Uno-Todo (F. SCHLEGEL).
- Entender que entre la naturaleza y la divinidad existe una idéntica fuerza o espíritu.
  - Expresar una especie de idealismo mágico mediante la poesía, una matemática sin límites (NOVALIS).
- Luchar contra el racionalismo e interpretar románticamente la religión, fomentando una piedad sentimental (SCHLEIERMACHER).
- Tomar la actitud, cuando se sueña, de ser una especie de hombre-dios (y un mendigo cuando se piensa racionalmente).
  - Refugiarse en el seno de una Naturaleza divinizada (Naturalismo romántico) F. HÖLDERLIN.

- Buscar la libertad en la escuela de la belleza (el «alma bella»), para superar, así, la antítesis que existe entre el «deber» y la «inclinación».
  - Tomar la actitud, no del que entiende la Naturaleza, sino del que la siente (SCHILLER).
- El activismo de un Fausto (J. W. VON GOETHE).
- Lanzar un reto irónico sobre la razón abstracta e idolatrada de los ilustrados y de la modernidad (J. G. HAMANN).
- Admitir que la vía hacia el dios romántico es la fe-sentimiento y no la vía especulativa, prosiguiendo de esta manera la crítica al mundo de las luces.
  - Considerar como un imposible la religión racional y a todo racionalismo como un panteísmo spinoziano (F. H. JACOBI).
- Entender al pueblo como una unidad viviente, nuestra vida como una pulsación en la vida del Gran Todo, la Naturaleza como fuerza en devenir.
  - Entender el progreso como la obra de dios que conduce a la plenitud de la realización de la humanidad (J. G. HERDER).
- Tener el ideal de una humanidad que se realiza a través de los individuos, las naciones y la Historia, cuyo fin no es sino la realización de esa idea que representa la misma humanidad (R. VON HUMBOLDT).

### El idealismo y el romanticismo.

En 1794 apareció la *Doctrina de la Ciencia* de Fichte. Este «Napoleón de la Filosofía», tras la afirmación de la imposibilidad de conocer las cosas tal como son en sí mismas, convierte el «yo pienso» de Kant en una pura actividad creadora. La autocreación

del «yo» es lo mismo que si dijéramos que *esse sequitur operari* y, de esta forma, el no-yo no es más que un momento necesario para la realización de la libertad del yo. En otras palabras, ser libre es hacerse libre, una tarea ilimitada, una continua superación de la limitación. La razón práctica pasa entonces a ser mayor que la razón teórica y Dios se confunde con el obrar moral del mundo.

Para Fichte lo Absoluto crea un mundo en nuestros ánimos. Nuestra vida es su vida y somos eternos porque ella es eterna. El Absoluto actúa en el hombre y lleva a cabo su obra a través de él. La Ciencia no es más que una unión mística con lo Absoluto, una incesante tendencia al infinito. El hombre, con su ironía «romántica» se autoproduce y se autosupera continuamente.

Para comprender mejor la actitud que Fichte inspira en el romanticismo es bueno comparar el pensamiento de San Ignacio con su filosofía: si San Ignacio sostiene que el hombre debe siempre confiar en Dios como si todo el éxito de sus empresas dependiesen únicamente del mismo hombre y no de Dios, obrando, sin embargo, como si Dios hubiese de hacerlo todo y el hombre nada, Fichte piensa que el hombre no es nada por sí mismo y que todo lo que el hombre es lo tiene de Dios y que cuando obra lo debe hacer como si no hubiese un Dios para ayudarle y como si el hombre en completa soledad debiese hacerlo todo, puesto que Dios, de hecho, no puede pretender ayudar al hombre de otra manera que como lo hizo al darse por el hombre de una vez por todas.

Estamos, pues, ante una especie de redención en el pasado, ante un Dios inexorable y ante la consideración de que la acción del hombre es creadora y autónoma. Llegaremos pronto a la consideración de un Dios puesto por nosotros mismos y a una divinidad en desenvolvimiento. Lo propio del conocer será, según esta filosofía, una constitución del objeto, no una recepción. Y el hombre será autónomo y creador de todas las cosas, una especie de pequeño dios.

La teosofía de Schelling, Novalis y los románticos en general, llevará a afirmar que pensar la naturaleza es crearla, que la acción libre es la obra de arte y que un Dios imaginario puesto por el

hombre basta para regular la acción, de tal manera que, efectivamente, es como si no existiese ya Dios.

Schelling, que fue acusado en Jena de ateísmo, se sirve de Fichte para renovar las tesis spinozianas. El sistema de la naturaleza es el sistema del espíritu. La materia no es sino espíritu solidificado, la naturaleza no es sino vida que duerme, la vida no es sino el respirar del universo. La unidad de realidad e idealidad, de mecanicismo y dinamismo, alcanza en el hombre el autoconocimiento (despertar del espíritu).

Para Schelling la actividad estética lo genera todo. Su idealismo estético y sus escritos teosóficos sostienen que todo está en Dios y que los contrarios están presentes en la lucha que se desarrolla dentro del mismo absoluto. Dios no es un puro espíritu, sino también naturaleza. Las diferencias cualitativas sólo se dan a nivel de las conciencias empíricas.

En Schelling se dan cita Eckhart y Böhme, el panteísmo espiritualista y las tesis gnósticas. No en vano para él las cosas son una especie de caída originaria desde Dios, un apartamiento de Dios. Este se irá revelando progresivamente.

Ahora bien, a partir de 1818 el astro es Hegel. La claridad latina y el espíritu ignaciano serán convertidos en una comprensión del Reino de Dios por el saber absoluto. De todas maneras, el espíritu de la filosofía de Hegel se opondrá a la visión genial-intuitiva de los románticos en tanto en cuanto en ésta se da el predominio a lo subjetivo, a lo inmediato, a lo intuitivo, mientras que según aquélla la totalidad no se revela inmediatamente o intuitivamente, sino como un proceso en el tiempo, como devenir.

**El sentimiento romántico y la postmodernidad.**

Para los románticos el arte revela lo Absoluto. El arte por el arte, sólo revelador de belleza, opuesto a todo imperativo, autónomo.

El artista romántico tiene el centro en sí mismo y no se liga al concepto de una cosa, de la realidad. Va a la búsqueda del

instante dionisiaco, donde la poesía se identifica con la realidad. Esta humanidad artística o «estética» está centrada en la religión de la belleza, en la pasión por la libertad, en la conquista del absoluto.

El estetismo romántico toma la sensación como centro en torno al cual gira el artista, cuya subjetividad se convierte así en excepcional. De ahí que hacer a una cosa romántica es conferirle a lo común-finito una apariencia infinita.

Todo tiene significado para el que lo siente. El hombre romántico, estético, viene a ser un diletante de sensaciones. Para ello tiene que adoptar una actitud amoralista, centrada en torno a su egoidad.

La ironía es también una forma del arte. Este es liberador, ya que el idealismo mágico crea la realidad y, una vez creada, vuelve a crear desde su subjetividad, yendo de sensación en sensación, a la búsqueda de una sensación imposible.

Esta es la concepción romántica de la sensación, una concepción ante la cual el mismo Hume sería considerado como un prosaico.

«El arte por el arte» hace que todo sea lícito. Esto es el esteticismo, el prescindir del objeto, del ser, de todo condicionamiento. Así se explica el origen de lo pornográfico y la lucha cerrada del esteta contra toda moral social (actitud pesimista ante la banalidad, la mediocridad, la vulgaridad y la hipocresía de dicha moral social).

La solución estética puede ser, o bien una conducta antisocial, o bien una manera de vivir asocial (como la sociedad no va a cambiar, lo que hay que hacer es exprimirla). Por supuesto, dentro de una actitud romántica esteticista, yendo de sensación en sensación, el matrimonio, por ejemplo, no hará sino deformar la belleza.

El yo romántico es voluntad de absoluto, una voluntad que acaba —no puede ser de otra manera— en catástrofe y tragedia. Por ello no cabe sino construir estéticamente el propio yo (egoísmo estético, narcisismo). Y como en el fondo todo es banal, se engendra un gusto sádico-satánico (estético) de la muerte, una

salida, una fuga-huida ante la banalidad de todo «decadentismo postmoderno».

La religión de la belleza no consiste en una fe cognoscitiva. La religión romántico-estética consiste en realizar la sensación única en el instante único y para el hombre único. Dicho de otra manera, consiste en el intento de captar en una sensación, en un estado del ánimo, en un sueño, el absoluto.

Pero, ¿qué encuentra en realidad el romántico-esteta?: M. F. Sciacca nos lo dice: «Si trova in mano un pugno di polvere».

El mismo amor romántico, ¿qué olvida? Olvida que el que verdaderamente ama, ama incluso por los defectos. Olvida que el amor no es ciego como la pasión. Es lo que ocurre al esteta: no ve cuánta grandeza hay en la vida común y humilde: es un refinado sin finura espiritual, sin sensibilidad por el heroísmo y la belleza de lo pequeño, es decir, la prosa de lo cotidiano.

### El estetismo.

El estetismo ha querido oponerse al iluminismo. Pero el esteta no es sino un *uomo di sfumature*, tal como dice Sciacca. En efecto, el esteta quiere liberarse de la hipocresía, de la vulgaridad, del embrutecimiento del mundo, de la voluntad de vivir (Schopenhauer). Para ello exalta el deseo, el exceso, la pasión y vive un sueño, intentado liberarse de la realidad común y banal. De ahí que el esteta actúe como él quiere y busque un sentido orgiástico (Nietzsche), o bien acepte la irracionalidad de la creencia (Kierkegaard). El esteta, al final, no se encuentra lejos de lo que antes hemos mencionado: un gusto por la muerte y lo satánico, fruto de la consideración finitista que planea por encima de toda realidad. Es normal que quien quiere acceder al absoluto a través de las propias fuerzas, viéndose impotente ante ello, acabe por rechazarlo todo (cuando no se acepta la gracia divina sólo queda la impotencia y ésta se vuelve contra el propio hombre).

Para el romántico-esteta, la vida es insoportable sin sensaciones nuevas y violentas. Protestas, extravagancias, excentricidades,

perversiones justificadas..., una especie de nueva educación egotista. En el fondo no deja de ser una cierta heroicidad, cuyo maestro es el sadismo. No hay otra solución si el hombre se reduce a su sensibilidad y a ésta se le quiere hacer captar el absoluto: no queda sino rellenar la vida con sensaciones sin medida, llenas de fascinación que, al no bastar, conducen a paraísos artificiales, al vicio ¡por razones estéticas!

Como en esta concepción estético-romántica de la vida Dios no existe y, como consecuencia, el mal es invencible, el estado del hombre es irremediable (el progreso sólo toca lo superficial). Así pues, podremos acoger la belleza de la finitud, de la banalidad y de la muerte de toda realidad. Como ya hemos dicho en otro momento, la sociedad no cambiará ni un ápice..., pues ¡a gozarla!, ¡a exprimirla! *Carpe diem*, aprovechemos el momento, gocemos de lo prohibido, disfrutemos incluso del pecado, matesmos para sacar una sensación placentera. Este es el nuevo gusto (estético y decadente) por lo cadavérico (y quizás ahí se encuentre la razón última del gusto de las gentes por las películas sádicas, monstruosas, donde se barajan sexo, violencia y afán de salir de la «normalidad».

### El mundo romántico.

El sentido lírico de una naturaleza animada se toma desde una visión místico-panteísta, en abierta oposición al racionalismo spinoziano. El mundo no es sino mi obra de arte, pura creación (e irónica destrucción o liberación) de todo.

El mundo romántico del esteta postmoderno es la clara antítesis de la realidad considerada tal como es (realismo intelectualista aristotélico), donde conocer es adecuarse a lo que son en sí mismas las cosas y donde la prudencia rige el mundo moral de los deberes. El estetismo romántico de la postmodernidad se opone al auténtico amor, que es amor a lo real (misticismo cristiano).

Según el romanticismo estético, desde su visión pesimista, llena de odio y desprecio a lo real, es imposible saber lo que son



las cosas y poderlas amar, incluso después de conocer sus defectos. La vida romántica, como sueño-sensación de belleza, se libera (impotentemente) de la realidad común.

El romántico no percibe que el mundo no es producto de la fantasía, una visión excitante, sino una experiencia (humilde y acogedora) del ser. El romántico «sueña», estableciendo una fractura con el tiempo y con el mundo. No es contemporáneo de las cosas tal como son, ya que, tal como son no pueden ser amadas.

El romántico y el esteta postmoderno reivindican lo irracional, buscan lo excepcional, una muerte heroica, el suicidio universal: Una especie de heroísmo de la nada y de gusto por la destrucción. Su religión es nocturna, no una religión de la luz, de la alegría y de la serenidad. Para el romántico y el esteta «nada vale» y el hombre se transforma en un Don Juan del instinto y del placer, puesto que el tiempo corre y lo devora todo a su paso. De ahí su pesimismo consustancial y su final cínico, triste, trágico y catastrófico.

El inicial optimismo del esteta se reduce al pesimismo final del que no puede vencer el mal, porque lo ha intentado con las propias fuerzas naturales, sin contar con la gracia y el don divinos. Ante ellos, el esteta, hijo de la sensación romántica, o bien adopta una actitud revolucionaria utópica (ironía de la destrucción); o bien, al considerar que todo es imperfecto y mal, puede llegar a abrirse a una actitud cristiana, ya que hay, de hecho, una exigencia religiosa implícita en su comportamiento. Dicho con otras palabras: todo anticristiano es esteta, pero no todo esteta, es por fuerza, anticristiano.

### Conclusiones.

El esteticismo romántico no considera al hombre como criatura, sino como principio creador de sí mismo. No considera a la libertad en relación a una ley trascendente, sino la libertad-espon-taneidad. No entiende la interioridad cristiana, sino la subjetividad de la verdad (inmanentismo). En fin, no considera la vida como ser, sino como devenir.

El esteticismo romántico hace salir al hombre fuera de la realidad, como en un intento de ir «más allá del bien y del mal» (reales). En definitiva, un intento de liberarse por medio del sueño de una libertad pura, de la realización del absoluto en el mundo y en el hombre (donde el absoluto adquiere conciencia de sí).

La «evasión» estético-romántica no puede engendrar sino descontento... ironía ante tanta finitud e impotencia: una conciencia desgraciada (Hegel) que puede sentirse, como de hecho se siente, atraída por la no-voluntad (Schopenhauer), o bien por el «no vale la pena comprometerse con nada ni con nadie, ya que no sale a cuenta» (cinismo).

El infinito romántico, acogido por el esteticismo postmoderno, es más bien lo indefinido, lo indeterminado; un infinito naturalístico, un infinito histórico y, por lo tanto, no espiritual. Aunque se extiende indefinidamente, no sale de su finitud (panteísmo immanentista). Se quiere «evadir» sin estar nunca «fuera», es decir, sin alcanzar la auténtica trascendencia real (Dios creador). La «evasión» romántica y esteticista es, como muy bien dice Sciacca, la evasión típica de quien no es cristiano y no sabe ser hombre...; puesto que ha querido, inútilmente, llegar a ser Dios.

Ese «querer ser Dios» es ir más allá de lo humano, hacer pie en el vacío. Nietzsche ya tradujo el ansia romántica en el mito del superhombre, un ídolo con los pies de barro, un hombre que no puede traspasar su finitud porque no acepta humildemente su dependencia y acaba odiándose a sí mismo, un hombre que tiene su conciencia, en palabras de Sciacca, oscurecida, que vive contrariado y que ha escindido sensibilidad y razón, necesidad y libertad, ciencia y creencia.

¿No será esta la causa del origen de algunas doctrinas que buscan el salvajismo, el frenesí sin límites y que acaban por estragar al ser humano, que busca a tientas una energía supletoria en las drogas o en la idolatría? ¿No será esta la causa de la vuelta al arcaísmo rousseauiano de una ecología mal entendida? ¿No será esta la causa de la consideración del tiempo de la vida y de la historia como mera repetición o reiteración, que lleva a gastar el tiempo para no aburrirse y a considerar la vida como un juego?

Al final acabamos en el cinismo, en una postura extrema que no salva nada y que crece de propuestas positivas (conformismo), en una visión reductiva del hombre a la animalidad, en una pobreza espiritual que conlleva el repudio de la ciencia y de la cultura. Y es que, en verdad, no hay caminos breves hacia la virtud y si es rápido y fácil destruir, para construir hacen falta motivos y sentidos, hacen falta valores y convicciones, hacen falta razones y fe.

Hay razones astutas, pero no inteligentes, decía Sciacca. Estas son las que tienen la medida del límite y optan, no por un infinito cerrado (contradicción), ni tampoco por un infinito malo y abierto (finitud insalvable de todo momento y realidad limitados): ambos son infinitos que retornan periódicamente al mismo punto (Nietzsche).

El «optimismo fácil» del hombre que se ha creído un dios, se ha trucado en un nihilismo por la pérdida del ser y de los valores, en el gusto por la destrucción, en una ironía romántica que se enmascara de felicidad.

La «Rosa Mística», selecta, delicada, perfecta, que llevó en sus entrañas a la Palabra hecha carne, es, verdaderamente, la rosa real. No es una rosa cualquiera, ni siquiera una «rosa azul»: excepto Ella, todas las otras se marchitan.